

CUANDO FALTA EL PRINCIPIO DE SUBSIDIARIEDAD

POR

VLADIMIRO LAMSDORFF-GALAGANE

En esta Reunión de amigos de la Ciudad Católica, dedicada al principio de subsidiariedad, se me ha encargado la ponencia *a sensu contrario*: ¿qué pasa cuando *no* se observa el principio de subsidiariedad?

Lo malo es que sólo se ha puesto a mi disposición una hora para hablar. Pero sobre mi tema hay tantísimo que decir, y a propósito de tan variados problemas, que tendré que limitarme drásticamente a un solo aspecto del tema, so pena de querer decir de todo un poco, y en última instancia, nada. Y el aspecto que he elegido es el aspecto económico: ¿qué pasa cuando no se respeta el principio de subsidiariedad en economía?

Si de alguna manera podemos definir el principio de subsidiariedad, lo resumiríamos en la fórmula siguiente: que la autoridad sólo haga lo que es preciso para el bien común, pero que sus súbditos no pueden, no saben o no quieren hacer por sí mismos. La necesidad de la intervención de la autoridad se establece, pues, por ensayo y error, y cesa tan pronto como aparece en los súbditos capacidad para resolver el problema sin ayuda ajena.

A este principio se puede faltar de dos maneras. Uno es la inhibición de la autoridad cuando el bien común exige su intervención. En economía, este defecto es típico del liberalismo decimonónico, como cuando el Gobierno británico dejó fríamente que millones de irlandeses muriesen de hambre tras una mala cosecha de patatas. Hoy día, ya no es tan frecuente en economía, aunque lo podemos sufrir en otros terrenos (por ejemplo, en España, en el del orden público).

En la vida económica, sufrimos, si acaso, del exceso contrario: de que problemas que pueden ser perfectamente resueltos simplemente por la gente, a través del mercado libre, se ven interferidos por la intervención del Estado. Como la solución de mercado es, en suma, la más adecuada a los deseos de los consumidores, toda intervención estatal en estas circunstancias resulta, o bien redundante, o bien perjudicial. Me explico: si la solución adoptada por los poderes públicos coincide con la que por sí sólo hubiera adoptado el mercado, entonces sobra, es un gasto inútil; si, en cambio, se aparta de la solución del mercado, entonces deja insatisfechos, o peor satisfechos, deseos del consumidor. La actuación estatal sólo se justifica si por cualquier circunstancia (catástrofe, guerra, emergencia nacional, etc.) el mercado llega a fallar.

Aquí, en Occidente, este principio en parte se respeta, en parte no. La mayoría de las empresas son privadas, y la mayoría de las actividades económicas se rigen por los movimientos de precios que originan la oferta y la demanda. No obstante, en muchos sectores de la economía se producen intervenciones, permanentes o intermitentes, beneficiosas o irritantes, según el caso. Todos conocemos algunas en nuestro sector de actividad.

Pero lo que yo quiero explicar ahora es qué pasa cuando el principio de subsidiariedad se incumple *totalmente*, no en parte. O sea, cuando el Estado se propone dirigir *toda* la economía.

1. La idea de planificación económica.

El porqué de esta estatalización total de la economía lo conocemos todos. "Cada cual ve la feria según le fue en ella". Del mismo modo, cada uno ve la economía de mercado según las satisfacciones que le brinda. Por eso las personas de talante pesimista, o aquéllas a las que el éxito se niega tenazmente a sonreír, la ven totalmente de color negro: esto va muy mal, es la anarquía, cada cual tira para su lado, unos se enriquecen, otros no, es una injusticia, tiene que venir alguien que lo planifique bien.

Es inútil culpar de esta mentalidad al marxismo. El marxismo, ciertamente, abunda en esta dirección, pero no es exclusiva de él. Así piensan, a veces, incluso personas muy alejadas del marxismo. Es simplemente pesimismo, aliado con el deseo de pasarle la responsabilidad a otro. En el siglo XVI se confiaba, para arreglarlo todo, en la recta conciencia del Rey. En el siglo XVIII, en el déspota ilustrado. En el XIX, en los representantes del pueblo. Pero la mentalidad es la misma: una semidivinización del poder político, que justifica que yo le traspase mi propia responsabilidad en la buena marcha de mi país. El Rey lo hará todo bien, de modo que yo no tengo que hacer nada para remediar todo esto malo que veo. Lógicamente, los actores del progreso fueron las personas que no pensaban de esta forma, sino que actuaban.

Bien, pues esta mentalidad, que, repito, no es de hoy ni de ahora, puede triunfar. Hay partidos que la representan, muy principalmente los partidos marxistas, y entra dentro de lo posible que tomen el poder.

De ahí partiremos; supongamos, por un momento, que el poder lo tiene usted. Sí, para eso no hace falta ni especial preparación, ni grandes estudios: basta con haber pronunciado unos discursos, pasado unos meses en la cárcel, quizá tirado unas bombas, y ya es usted líder. Y entonces, ¿cómo planificará toda la economía de un país? ¿Qué hará para ello?

2. ¿Cómo será su plan?

Encontrará la economía como está ahora: un montón de empresas que con la máxima anarquía hacen cada cual la guerra por su cuenta. No puede pretender encontrar una economía de otro tipo: para planificar la producción no vamos a desplazarnos al planeta Marte. Cada una de estas empresas es un centro autónomo de decisiones económicas: cada una decide libremente qué va a producir, en qué cantidad, de qué calidad y a qué precio lo ofrecerá a los consumidores. Pues bien, la esencia de la planificación económica está en que estas decisiones ya no las tomen las empresas, sino que las tome usted.

Bueno, pero ¿sobre qué datos? Toda empresa tiene una determinada capacidad productiva y unas determinadas necesidades en materias primas, maquinaria, mano de obra, etc. Si usted desea que su capacidad productiva se aproveche al máximo, tiene que asegurar al mismo tiempo que se cubran sus necesidades.

Por consiguiente, su plan tendrá que enlazarlo todo: dirá cuánto mineral sacarán las minas, qué vagones lo transportarán, a qué precio se venderá a las metalúrgicas, cuánto hierro venderán éstas a los astilleros, cuántos buques se producirán, qué cargas transportarán los buques, etc. Como su planificación ha de ser racional, bien hecha, usted no puede tolerar ni invendidos, ni desabasto: todas las cifras casan entre sí.

Por tanto, su plan ha de ser forzosamente un plan rígido. Hablar, como se hace a veces, de "planificación flexible" es como decir "negro-blanco" o "verdura cárnica". ¿Por qué? Porque si no quiere usted invendidos ni desabasto, unas cifras imponen otras. Supongamos que para producir tela sintética se necesitan 20 telares para 1.000 toneladas de fibra. Luego si planifica producir 1.000 toneladas de fibra, ha de planificar también 20 telares, ni uno más ni uno menos. Porque si da usted cifras "flexibles", por ejemplo, 1.000 toneladas ampliables a 2.000, y 40 telares rebajables a 20, se expone a que produzcan 2.000 toneladas y sólo 20 telares, o bien 40 telares y 1.000 toneladas. En cualquiera de los dos casos, se producen desabastos e invendibles. Habrá planificado usted mal. Extienda usted el sistema a toda la economía, y sería el caos. No: tiene usted que planificar cifras exactas y determinadas, perfectamente encadenadas unas con otras.

Pero esto trae una consecuencia: quien incumple el plan pone en apuros a todos los demás. Si la mina no saca carbón, el ferrocarril incumple su plan por falta de mercancías que transportar, los altos hornos por falta de coque, la industria naval por falta de hierro, el comercio exterior por falta de buques, las importaciones por falta de divisas, y rueda la bola. Luego el plan se ha de cumplir a toda costa, muera quien muera. Usted no puede permitirse aceptar excusas, "oiga, se me ha inundado la mina". Si no, por cada incidente ocurrido tendría usted que rehacer el plan entero. Pero

un plan cuesta mucho trabajo, y una vez hecho, hecho está. Se ha de cumplir tal cual, a despecho de cualquier dificultad. Para conseguirlo, sólo tiene usted un camino: declarar que *el plan es ley*.

Es más, incluso una "super-ley". Porque ¡imaginemos que el plan fuese impugnabile, por ejemplo, en la vía contencioso-administrativa, con todas las demoras que eso implica! ¿Podrá usted tolerar que escudándose en argucias legales, cualquiera pueda demorar durante años el cumplimiento del plan? Qué va, ante el plan ya no valdrán razones ni administrativas, ni procesales, ni civiles, ni penales. Pero eso tiene una consecuencia práctica: que el plan no se elabora con arreglo a ninguna ley, porque es superior a todas ellas, Constitución inclusive. Luego también está por encima de la ley el propio planificador, que no puede incurrir en ninguna responsabilidad al hacer el plan. Pero como el planificador es usted, y usted es una buena persona, eso no importa. Incluso mejor.

3. El plan y la política.

Ahora bien, tener una autoridad planificadora por encima de todo derecho trae ciertas consecuencias de orden político. Supongamos, por ejemplo, que las autoridades se designan por medio de elecciones. Pero un plan mínimamente serio ha de hacerse a largo plazo. Si en cualquier elección puede salir un candidato que quiera planificar distinto, o incluso dejar de planificar, entonces todo el plan a largo plazo corre gravísimo peligro de no cumplirse. Luego, ¿no es más prudente suprimir las elecciones? O incluso dejarlas, si se quiere, al fin y al cabo, usted es demócrata, pero que el único candidato sea usted.

Bien, pero queda la prensa. Todos sabemos cómo son los periodistas: indiscretos, zumbones, gruñones, jamás se contentan con nada. Parece que disfruten criticándolo todo, buscando pegas a todo, sin nunca querer ponderar debidamente todas las inmensas ventajas de la economía planificada. Pero al actuar así, ¿no están promoviendo la indisciplina, la desobediencia y la vuelta a la anarquía del libre mercado? Si ponen en peligro el cumplimiento del plan ra-

cional, ¿no será más prudente que muy a pesar suyo, les imponga usted una razonable censura?

También quedan los sindicatos. Antes, bajo el capitalismo, eran muy eficaces promoviendo huelgas, algaradas, presionando para que se pasara a una economía planificada. Pero ahora que la economía está planificada, ¿qué es una huelga? ¿No es una actividad directamente encaminada al incumplimiento del plan económico? Si el plan es ley, ¿cómo va usted a llamarla, sino sabotaje? Y por sabotaje, ya lo sabemos, se castiga. En cuanto a los sindicatos, hombre, usted no está en contra, ¿verdad? Los podrá dejar, pero que los cargos los ocupe gente obediente.

¿Y las regiones? Bueno, igual que el plan es superior a cualquier otra ley de ámbito nacional, será también, obviamente, superior a cualquier ley, cualquier fuero o cualquier autonomía de orden local. Es evidente que si la economía del país es una, el plan económico también ha de ser uno y hacerse en la capital. No es que a usted no le gusten las autonomías, ¿por qué? Las puede dejar. Incluso pueden ahorrar trabajo: usted envía a los órganos autonómicos de planificación las cifras globales, y que ellos se encarguen de detallarlos y repartirlos. Pero si deciden algo contrario al plan, no tendrá usted más remedio que anularlo: ¿acaso dejará que unos intereses localistas y particularistas se impongan al interés general, expresado en el plan?

¿Y los municipios, comarcas, provincias y otros centros intermedios de poder? Quedarán respecto de las regiones como las regiones respecto de usted: como centros subordinados, encargados del cumplimiento de su parte del Plan.

¿Luego no queda ningún ámbito de autonomía a ningún nivel? Bueno, ¿por qué *ninguno*? usted es una persona abierta, partidaria de la democratización, participación, descentralización, autonomía, y todas estas cosas, y no quiere privar de todo esto a nadie. Claro que cualquier decisión que implique ingreso o gasto la toma usted, que es el planificador. Pero les puede dejar todas las decisiones de tipo no-económico: en qué idioma pronunciarán sus discursos, a quién concederán la Medalla de Oro de la ciudad o qué nombre

pondrán a sus calles. ¿Que eso no es gran cosa? Pero ¿usted qué culpa tiene, si todo implica dinero?

Y por cierto, ¿cómo se van a nombrar todas estas autoridades locales? Usted se encuentra con que todas son por elección. Pero ya se saben estas cosas, ¿qué pasa si por un imponderable, por malicia de la gente, o por intrigas inconfesables, o por resentimientos locales hábilmente explotados, la elección recae en una persona adversa a la idea de planificación, o a que esta planificación la realice usted? Es evidente que esta persona no querrá actuar como agente del cumplimiento del plan. Su actuación sería un auténtico sabotaje, cosa que usted no puede tolerar.

Luego procurará usted que siempre salgan elegidos amigos suyos. Un buen truco es que a la elección sólo vayan ellos de candidatos. Claro que no serán amigos suyos personales, porque no puede usted conocer a fondo a tantísima gente. Luego creará usted una organización para su selección. Le servirá su propio partido. Dentro de él, hará usted llevar un "nomenclátor" donde constarán todos los elegidos para cargos de responsabilidad con todo su historial.

Naturalmente, ser incluido en ese nomenclátor será un privilegio, que muchos buscarán afanosamente. Usted habrá convertido a su partido, que antes constaba de militantes sinceros, en una pandilla de arribistas.

4. El plan y el extranjero.

¿Y las relaciones con el exterior? Si usted permite a sus súbditos importar del extranjero lo que les dé la gana, se encontrará con que a cada momento eligen si les satisfacen más, por su calidad o su precio, los productos extranjeros o los nacionales. El resultado de esta elección no depende sólo de usted; de usted depende lo que se producirá en el país, pero lo que produzcan los extranjeros, y el precio a que lo ofrezcan, depende de ellos.

No obstante, usted planifica racionalmente: no desea que haya invendidos, que ningún medio de producción trabaje en vano. Pero

con libertad de importación, nunca puede estar seguro de cuáles de los productos que el plan manda producir se van a vender o no. Con lo cual tampoco saben las empresas productoras y distribuidoras si podrán cumplir sus planes financieros. ¿No es lo mejor, para no tener caos en la economía, que planifique usted de antemano qué se va a importar?

Con las exportaciones, es lo mismo pero al revés: la demanda de los artículos producidos por usted, en el extranjero, fluctúa caprichosamente, con lo que nunca puede estar seguro de si faltarán o sobrarán. Luego tenderá usted a producir lo menos posible para la exportación. Las importaciones las pagará, de preferencia, con materias primas. Como también las necesita la industria propia, estas inseguras y escurridizas relaciones con el extranjero acabarán siendo limitadas a un mínimo indispensable.

Ahora bien, si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Si sus súbditos no encuentran en el mercado interior los productos extranjeros que les apetecen, siempre les queda el remedio de salir a buscarlos al extranjero. O, si las condiciones de vida son lo bastante diferentes, simplemente se quedarán allí a trabajar. Con lo cual dejan a empresas patrias sin la mano de obra que usted les había planificado, y a la economía nacional sin las divisas que usted destinaba a otras adquisiciones. Luego, quiera que no, tendrá usted que poner un coto a la emigración. En la frontera tendrá que poner alambradas, patrullas, perros-policía, miradores, minas, y todo lo preciso para que sus órdenes sean obedecidas.

Desde luego, cosas del extranjero se siguen necesitando. Pero para conseguirlas, en lugar de estas irritantes e impredecibles relaciones de intercambio, ¿no es muchísimo mejor incluir de una vez a todos los países en un sistema único de planificación económica? Y en este sistema, ¿quién va a planificar, si no es usted?

No obstante, también surge en sus relaciones con el extranjero un factor imprevisto: si no es el extranjero, ¿quién le indica qué tiene que planear?

Me explico. Volver a planificar para el año que viene los mismos productos que para el año pasado, variando sólo la cantidad según los movimientos de población, es bastante fácil. Pero, ¿y los

productos nuevos? ¿Cómo puede enterarse usted de la necesidad de incluir en el plan televisores, computadoras, antibióticos o colchones de muelles cuando tales productos todavía no existen? Incluso si se llega usted a enterar de que se han inventado, ¿cómo tomará usted el riesgo de destinar medios de producción, siempre escasos, a una cosa que jamás se ha hecho y que no se sabe cómo va a salir? En cambio, si en el extranjero lo han hecho, y les ha ido bien, también procurará hacerlo usted.

Luego, por una parte, tenderá usted a absorber al extranjero, y por otra, le resultará indispensable. Se encontrará usted perpetuamente con que la economía de mercado no sólo va por delante de la suya (cosa que usted no puede tolerar) sino que además, indica por dónde se ha de ir (cosa de la que usted no puede prescindir).

5. ¿Quién ejecuta el plan?

Pero, ¿por qué no se puede usted adelantar a los países extranjeros? ¿Acaso una economía planificada no funciona siempre mejor que una economía anárquica?

Veámoslo un poco.

En régimen de mercado, no es que la economía no se planifique. Al revés, cada unidad económica, es decir, cada empresa, planifica sus actividades con muchísimo cuidado, con las últimas técnicas económicas a su abasto. La que no lo hace o bien es eliminada del mercado, o bien no pasa de dimensiones modestísimas. Ahora bien, quien ejecuta este plan es el propio sujeto que lo ha elaborado: se planifican actos *propios*. Y la motivación que tiene el sujeto para cumplir su propio plan es económica: el plan se propone como objetivo maximizar los beneficios, luego no cumplirlo es perder dinero.

Pero esta misma motivación llevará a los empresarios, en ocasiones, a flexibilizar, modificar o incluso abandonar su plan, si se dan cuenta de que seguirlo a rajatabla hace perder dinero. Buscan rápidamente el error que había en el plan y lo rectifican sobre la marcha.

Pero si planifica usted, es distinto. Entonces el responsable por los resultados del plan es usted. Las unidades económicas ni se apropiarán de los beneficios (que irán al conjunto de la economía nacional), ni sufrirán las pérdidas (que les compensará usted, por no dejar trabajadores en la calle y mercancías planeadas por producir). Al frente de las empresas, puede usted dejar a sus antiguos dueños (como hizo Hitler), o puede sustituirlos por compañeros de partido, como hizo Lenin. En ambos casos, pasarán a ser unos simples funcionarios, con órdenes que cumplir y sueldo asegurado todos los meses.

Pero entonces pierden toda motivación para cumplir el plan: pase lo que pase, ellos cobran igual. Luego tiene usted que introducir una motivación artificial: un sistema de premios y castigos. Premiará al directivo que ha cumplido el plan, castigará al que no lo ha hecho.

Con lo cual el objetivo de los funcionarios pasa a ser conseguir el premio y evitar el castigo. Para ello, que cumplan el plan. Pero no siempre quieren o pueden hacerlo. Entre ellos siempre habrá el típico incompetente, incapaz de llevar su empresa adelante. O el clásico juerguista, que se gastará los medios puestos a su disposición en francachelas. O el que ha tenido dificultades técnicas (se le han parado las máquinas, inundado las plantas, derrumbado el tejado, etcétera). O el que le ha caído un plan absurdo: producir vigas de un peso tal que no lo aguanta el puente de la carretera (claro, lo saben ellos, pero usted no: hay millones de empresas, y usted no puede prever todos los problemas de cada una de ellas). Por una causa o por otra, hay empresas que incumplen su plan. Pero como todo está trabado, uno que no cumple pone en aprietos a todos los demás, en cadena: la mina al ferrocarril, los altos hornos a los astilleros, los astilleros al comercio exterior, etc.

Como ya hemos dicho, usted no puede rehacer el plan cada semana por cada incidente que pase. El plan es forzosamente rígido, y tiene rango de ley. Al que lo incumple, no le puede aceptar excusas (entonces, se las tendría que aceptar a todos). Dirá: para un miembro de su partido, no existen imposibles. El plan ha de cumplirse cueste lo que cueste.

Pero claro: esto no crea mineral de hierro de la nada. Lo que hace usted con estos slogans es motivar a sus empresarios a que busquen la manera de evitar el castigo aun sin haber cumplido el plan, puesto que cumplirlo es imposible.

En otras palabras, los está impulsando a engañarle.

6. Verdad y mentira.

Para evitarlo, tendrá usted que montar un pequeño ejército de funcionarios que controlen a las empresas productoras. Pero estos controladores tampoco son responsables por el plan, y en cambio las prebendas que les ofrecen sus controlados pueden ser sustanciosas.

Además, cuanto más se les controla, más listos se vuelven los funcionarios. Supongamos una granja que produce caballos, otra que produce alfalfa. Ninguna de las dos llega a cumplir el plan ni de lejos. ¿Qué más fácil que un director diga al otro: mira, véndeme alfalfa inexistente para alimentar a mis caballos, y yo, a cambio, te vendo caballos igualmente inexistentes para transportar tu alfalfa? Tanto los caballos como la alfalfa ficticios dejan su huella estadística, luego todo está en orden.

Puede parecer un chiste. Pero lo que sigue es perfectamente real. Rusia, oficialmente, es el primer productor del mundo de acero. Produce, creo, más que América y Japón juntos. Pero en Rusia se observa un auténtico hambre de hierro. Los marinos pasan de contrabando simples clavos y tornillos. Cuando Fiat montó su fábrica en Rusia, le suplicaron casi de rodillas que también trajera la chapa. E incluso cuando había un pacto económico con Nasser, Rusia importaba chapa ¡de Egipto!

Al final esta situación llegó a preocupar a las autoridades supremas, que preguntaron a sus servicios estadísticos dónde iba tanto hierro, quién se lo comía. La respuesta fue que el principal consumidor de acero era ¡la industria minera!

¿No entienden? Es muy simple: la industria minera no extrae ni todo el carbón, ni todo el mineral que debería. Pero lo vende

ficticiamente a las metalúrgicas, y recompra el acero, igualmente ficticio, que con ellos se ha "fabricado". Todos ganan. Y, en realidad, Rusia no produce, a lo mejor, ni la tercera parte del acero que anuncia.

Bueno, pero usted es más listo que los dirigentes rusos. Usted decide prohibir las ventas directas de empresa a empresa. Todas han de llevar visto bueno de la capital. Con lo cual cuando haya auténticos caballos sin forraje en una granja, y auténtica alfalfa pudriéndose a 100 metros en la granja vecina, habrá que escribir a la capital, iniciar un expediente, esperar su resolución por orden de entrada, y cuando venga a los cinco meses, los caballos se habrán muerto y la alfalfa se habrá podrido.

O si no, sus empresarios tratarán de engañarle de forma *legal*. Supongamos una fábrica de embalajes. Tiene que atender a un determinado surtido: hay quien desea cajas grandes, hay quien las quiere medianas, hay quien las necesita pequeñas. Bien, pues según esto le da usted un plan.

Pero si se lo da usted en número de unidades, resultará al final del ejercicio que habrán hecho todas las cajas pequeñas. Sobrarán, se tirarán, y, en cambio, faltarán medianas y grandes. Pero la fábrica habrá cumplido, habrá que premiarla. Claro que usted, para el ejercicio siguiente, le planifica la producción en metros cúbicos. Bien, pues las harán todas grandes, y no harán pequeñas. ¿Les planifica por el beneficio? Sólo harán las caras. ¿Les planifica un determinado surtido? Harán de todas, pero en cantidad insuficiente, cuatro de cada.

Entonces usted se enfada y les coloca un indicador complejo, que consta de: *a)* cantidad, *b)* volumen, *c)* calidad, y *d)* surtido. Pero entonces, si castiga por el incumplimiento de *uno cualquiera* de estos puntos, tendría que castigar a todos sus empresarios, sin excepción. Y, o bien se quedaría sin ninguno, o bien haría los castigos benignos, lo cual sería como quitarlos.

Si, en cambio, hace como un promedio, entonces ¿qué hará con la empresa que, por ejemplo, incumple *a)* y *b)*, pero supera el plan en *c)* y *d)*? ¿Premia o castiga? A la fuerza tendrá usted que acabar

destacando un indicador más básico, que determinará la cuestión básica de si hay premio o castigo. Los demás serán, si acaso, agravantes o atenuantes.

Pero con eso volvemos, sustancialmente, al caso anterior.

El resultado es que los funcionarios a sus órdenes no fabrican mercancías, sino indicadores.

7. Las paradojas de los indicadores.

Entonces, resulta que el objetivo global de toda la economía del país ya no es satisfacer al consumidor, sino proporcionarle a usted una hermosa estadística con todos los indicadores cumplidos. No es lo mismo. Muchas veces la obligación de complacerle a usted implica la necesidad de *no* complacer al consumidor.

Veamos, por ejemplo, la paradoja del ferrocarril. ¿En qué "unidad" le confeccionaremos su plan? Lo más racional parece ser en toneladas/kilómetro (toneladas transportadas a un kilómetro).

Pues bien, por transportar, en un vagón, una tonelada de mercancía a 2.000 kilómetros, el ferrocarril "cobra" 2.000 toneladas/kilómetro. Tarda en hacerlo, suponiendo que se viaje a una media de 50 km./h. y se tarde tres horas en cargar y descargar el vagón, $3 + 40 + 3 = 46$ horas.

Ahora bien, para transportar esta misma tonelada 10 veces, a 200 kilómetros (un viaje, vuelta, otro viaje, etc.), el ferrocarril "cobra" las mismas 2.000 tn./km. Pero como hay que cargar y descargar el vagón 10 veces, tarda $30 + 40 + 30 = 100$ horas.

Como el plan siempre es apurado, al ferrocarril le interesa "recoger" el máximo de toneladas/kilómetro en el mínimo de tiempo, para haber llegado al número preciso a final de año. Luego tendrá positivo *interés* en atender trayectos largos, y prescindir de los cortos.

Claro que para eso está usted, y el plan ya especifica que el ferrocarril atenderá trayectos de todo tipo. Pero entonces, los ferroviarios procurarán *sabotear* los trayectos cortos: pondrán el material más viejo, a los empleados más inoperantes, borrachos y la-

drones, les darán la salida en último lugar, etc. Con lo cual, las empresas usuarias se acostumbrarán a que atienden mejor pedidos a la otra punta del país que al pueblo vecino. Por tanto, en las provisiones del plan del año siguiente, procurarán solicitar suministros de proveedores lo más alejados posible. Eso, a usted, se le traducirá en un aumento drástico de las "necesidades" de transporte ferroviario, a lo que responderá con nuevas inversiones, que permitirán nuevos aumentos de la demanda, y así sucesivamente. Pero lo mejor es que usted ¡no se dará cuenta de lo que ocurre! Al revés, verá, en las estadísticas, el desarrollo más rápido del mundo de las comunicaciones ferroviarias, ¡y se quedará contentísimo!

Es así en todo: la economía planificada tiende a la dilapidación. Veamos otro ejemplo. Supongamos que en Bilbao fabrican unas viguetas, que por fallos técnicos no sirven para nada: tienen burbujas, o lo que sea. No obstante, la empresa productora las hace constar como producidas (si no, se queda sin premios). Las entrega al ferrocarril, que las transporta a Almería y se apunta las correspondientes toneladas/kilómetro: a él, le da igual. La constructora de Almería, al verlas, las da de baja (y ya cumplirá su plan sin viguetas; el edificio podrá caerse, eso importa poco). Una vez dadas de baja, la empresa almeriense las entrega como chatarra (y le sirven para cumplir su plan de recuperación de metales). Se vuelven a cargar en el mismo ferrocarril (el cual se vuelve a apuntar sus toneladas/kilómetro), se transportan a Bilbao, donde serán fundidas y usadas para la fabricación de otras viguetas que no sirven para nada..., etc.

Pero a cada fase del ciclo, las viguetas van dejando su huella estadística, de modo que todos quedan contentos: la metalúrgica ha cumplido su plan de producción; el ferrocarril, de transporte; la constructora, de chatarra, pero el más contento de todos ¡es usted! ¡Porque recibe incluso más estadísticas triunfales que si las viguetas se hubiesen utilizado debidamente!

Hay más. Por ejemplo, la paradoja de la máquina nueva.

Supongamos que una fábrica, por un procedimiento semimanual, produce 50 de un producto A. Para ello, necesita 40 y 60 de las materias primas B y C. Pero se inventa una máquina que en el

mismo espacio de tiempo, y con el mismo personal, permite producir 200. Un empresario "capitalista" no lo dudaría, y usted, naturalmente, hace como él: manda comprar la máquina y aumenta el plan de 50 a 200.

Pero para mí, director de la fábrica, esto no es ningún motivo de alegría. Porque ahora necesitaré más materias primas: 160 de B y 240 de C. Y a los fabricantes de B y C, ¿les han comprado una máquina nueva? Sí, usted les ha aumentado el plan, pero ¿lo cumplirán?, ¿no me dejarán en la estacada? ¿Y si la nueva máquina se estropea, o tiene un defecto, o mil imponderables? Ya no puedo volver a la producción manual, porque el plan es de 200.

Por eso, el director se defenderá contra la máquina nueva cual gato panza arriba. Desplegará los argumentos más ingeniosos y sofisticados. Le encontrará pegas por todas partes: que no es segura, que no está probada, que da piezas defectuosas, que es peligrosa de manejar, que no cabe en la nave, que contamina, y no cederá hasta ser objeto de la presión más enérgica. E incluso entonces, antes de que entre en vigor el nuevo plan, procurará informar que la máquina "no ha superado el período de prueba". Hablando en plata, la habrán estropeado a cosa hecha.

La economía planificada tiende al estancamiento.

Por eso es lo que decía anteriormente: usted no se entera de los nuevos inventos hasta que los extranjeros los industrializan. La razón es que nadie en especial tiene la responsabilidad de enterarle, pero muchos tienen interés en que usted no se entere.

8. Un balance.

Si ahora juntamos todo lo dicho, tenemos que la economía planificada, por su propia dinámica, tiende al estancamiento y al despilfarro. Por tanto, a la pobreza. En lo político, tiende a la censura, a la dictadura y al centralismo. En lo laboral, tiende a la esclavitud: porque esclavo es quien no puede cambiar de patrón. En lo internacional, tiende a la autarquía y al expansionismo.

Esto lo concluimos por un razonamiento puramente apriorístico (que por cierto, podríamos proseguir). Pero como se sabe, una cosa es la teoría, otra cosa es la práctica.

Pues no es este caso. El experimento se ha hecho en Rusia, y los resultados han sido exactamente éstos.

Notemos, para empezar, que el experimento se ha hecho en las condiciones *más favorables* posibles: en el país más grande y más rico del planeta, ya desarrollado antes de la revolución. Era ya entonces la cuarta potencia industrial (detrás de Estados Unidos, Inglaterra y Alemania), con un ritmo de desarrollo que debía dar hoy, extrapolando las curvas, una situación en que Estados Unidos serían a Rusia lo que Canadá a Estados Unidos: un país rico, sí, pero secundario.

¿Y cuáles son los resultados?

Desde luego, unas estadísticas fabulosas. Pero recordemos las viguetas o el ferrocarril. La estadística soviética es engañosa incluso sin falsificación directa (que por cierto, también se da): los propios dirigentes reciben "desde abajo" una información exagerada, la toman como base del plan siguiente, y así la distancia entre cifras oficiales y realidad se va ensanchando año tras año; la verdad es que los dirigentes soviéticos han perdido totalmente el control sobre lo que pasa en su país. Más información tiene sobre el suyo cualquier gobierno "capitalista".

Pero ¿y estadísticas aparte? Resulta que Rusia, el antiguo "granero de Europa", con las tierras *más fértiles del mundo* (las tierras negras de Ucrania), *importa* productos agrícolas, empezando por el trigo!

Teniendo más del 40 % de la población en el campo, no consigue abastecerse a sí misma...

Pero entonces, ¿exportará productos industriales? Teniendo mano de obra barata, ¿hará como Formosa o Hong Kong? Tampoco: exporta materias primas, madera, gas natural; sí, también algunos coches Fiat que han tenido que ir a hacerles los capitalistas.

Pero en tal caso, ¿atenderá de preferencia al consumo interno? Tampoco: lo mantiene a un nivel medieval. Los campesinos rusos aún viven en cabañas de madera y calzan alpargatas de corteza. Un

piso con siete metros cuadrados por persona se considera un lujo, una suerte increíble. Los bienes de consumo son de poca calidad, poco surtido e insuficiente cantidad (hay colas para todo). La población, sobre todo en las pequeñas ciudades, sufre subalimentación crónica, que tiende a agravarse.

La única exportación manufacturada importante son las armas. Sí, en eso el Estado soviético ha sabido mostrarse eficiente. Puede haber para ello dos razones, por cierto compatibles.

Una es que cuando usted planifica la economía, pretende satisfacer las demandas del consumidor. Pero como usted no las conoce, lógicamente, planifica al buen tuntún, lo cual crea un despilfarro inmenso. En cambio, allí donde el consumidor es usted mismo, ya señalará usted inequívocamente los fines que le convienen, y un sistema de premios-castigos que asegure su cumplimiento. La eficiencia será mayor, por la cuenta que le trae. De ahí que las únicas ramas de la economía soviética que funcionan medio bien son aquellas cuyo consumidor es el Estado o el alto funcionariado: espacio, armamento, fincas de campo, policía política (en cambio no la ordinaria: la delincuencia común va contra la gente, no contra el Estado).

La segunda razón es que las causas de ineficiencia de las URSS, en el caso del ejército, juegan también en Occidente: es una empresa estatal en régimen de monopolio, y cualquiera que haya hecho la "mili" sabe cuán eficiente es. De modo que no es que los soviéticos sean tan eficaces, es que en eso nosotros somos tan ineficaces como ellos.

Ahora bien, ¿cuál ha sido el coste de todo esto?

El costo humano, según los cálculos del profesor Kurganov, ha sido una merma de población de *ciento diez millones*. Tres Españas. Kurganov atribuye 44 millones a las guerras, y 66 millones exclusivamente al régimen, entre fusilamientos, campos de concentración, hambre, baja de natalidad, etc.

El costo jurídico ha sido un retroceso casi de milenios: se ha vuelto a la coacción laboral directa, a la responsabilidad penal colectiva, a la arbitrariedad del poder, en una palabra, a la práctica

desaparición del derecho, tal como profetizaba Marx. Sólo que no de la forma que él preveía.

El costo político ha sido el poder más irresponsable del mundo entero en varios siglos.

Es un experimento *hecho*. Y sus resultados, al menos a mi juicio, son bastante poco atractivos.

¿Por qué no dejamos, pues, al Estado en el lugar subsidiario que le corresponde?